

EXCLUSIVA / CON EVO EN SU PISITO

Evo Morales pidió al vicepresidente que viviera con él en la residencia oficial. «Tenía miedo de tantos militares rodeándome»

VIENE DE LA PÁGINA 1 / Paz. El equipo de seguridad del presidente lucha contra el sueño y las ojeras. La agenda comienza a las 5 de la madrugada y no se sabe cuando termina. Con cuatro horas de descanso, Morales se siente en forma. Trabaja 20 horas. Hay días que ni duerme, como comprobaremos, para nuestra desgracia, cuando estemos a punto de desmayarnos y él siga, como si nada, tan fresco.

«Mmm, está medio vacía la nevera», observa, antes de mirar el reloj: «¡vamos, llegamos tarde a Palacio!» La gastada luz de la bombilla del rellano nos despidió. Resulta difícil explicar el contraste de abandonar el humilde edificio, para recibir el saludo marcial del capitán de la Fuerza Naval Alvarez Monasterios, el edecán, al abrir la puerta del reluciente BMW negro oficial. En Bolivia, los presidentes cuentan con cuatro edecanes, encargados de los asuntos protocolarios y de asistencia. A Morales le han adjudicado seis: ni las Fuerzas Armadas le siguen el ritmo.

Sentado en el asiento de cuero del coche, Evo reconoce que el día que recibió la banda presidencial, y los siguientes, no pisó la residencia oficial. Después de jurar, con el puño en alto, la Constitución ante 10 presidentes, decenas de mandatarios internacionales y el Príncipe de Asturias —récord de asistencia a una investidura en Bolivia— volvió al pisito. «Con todo el movimiento, no pude felicitarle. Le abracé cuando llegó a casa, en la cocina», dice Hugo, su compañero de piso.

El BMW se desliza veloz por las calles desiertas de La Paz. «Al final, no me quedó otra que instalarme en la residencia, aunque duermo una o dos veces por semana en mi casita. Al principio se me hacía grande, asfixiante, me sentía preso, tenía miedo de tanta seguridad y militares rodeándome. Le pedí al vicepresidente, al presidente del Congreso y al de Diputados, que vinieran a vivir conmigo. Sólo Santos Ramírez —antiguo senador del MAS y presidente de Diputados— aceptó».

Cuentan los rumores que Ramírez, con su maleta, apareció en la residencia la misma noche de la investidura. En la mansión no había sábanas, calefacción, papel higiénico, nada. Ramírez aguantó estoicamente, hasta la llegada de su presidente.

BAJARSE EL SUELDO

Se abren las puertas de Palacio. Con las espadas en alto, el batallón de Los Colorados presenta sus respetos. Veinte soldados con casacas rojas, frente al estadista con cazadora de cuero. «¡Buenos días, señor presidente! Parte de la guardia: sin novedad!». Morales, el sindicalista que sueña con sacar de la pobreza al 65% de la población, ha aumentado por decreto el salario mínimo de 44 a 55 euros mensuales, se ha reducido su propio sueldo —1.473 euros al mes— al 57%, y el de todos sus ministros a la mitad.

05:15 de la madrugada. Morales contesta la primera llamada al móvil: «sí, hermano, para el tema de la vivienda, habla con Bolaños». En el contiguo Salón Azul, van a reunirse los responsables del tremendo susto de Repsol, Petrobrás,

Total y el resto de multinacionales que exportan el gas y el petróleo de Bolivia.

Mientras llegan, Morales, emocionado, relata el partido de fútbol que ganó la noche anterior. El equipo del presidente vapuleó a un combinado de periodistas. «¡Nada menos que 9 a 3!», subraya Evo. «Los dos primeros goles, yo los he pasado. Lindos goles. Y los dos siguientes, los he metido yo». Insinuamos que le dejan ganar por ser el presidente. Morales lo niega: «lo mismo me decía Álvaro (García Linera, el vicepresidente). ¡Que metía los goles por decreto! Hasta que vino a un partido. Salí lleno de moratones y eso le convenció».

Tras la puerta, el vicepresidente, el ministro de Hidrocarburos, el ministro de Planificación y el primer ministro, se dan los buenos días. Evo se disculpa y entra a la reunión. Por la alfombra roja de Palacio, avanza un camarero con la bandeja repleta de zumos de papaya, té, mates de hoja de coca, café. Nos permiten entrar a fotografiar la escena. Al disparar la cámara, el

tiempos del dictador Hugo Bánzer. Entonces (1971-1978), era impensable ver en palacio a una indígena con su pollera (falda tradicional), sus sandalias, su sombrero de paja. Una dirigente cocalera sindical, pasea sonriente por los pasillos. «Vengo a pedir audiencia con el compañero Evo. La verdad, nunca pensamos que llegara a presidente, y ya ve».

Aparece un hombre con gorra. Pregunta si nos vamos a lustrar los zapatos. ¿Aquí? «Claro, soy el limpiabotas de Palacio». Hace tres años, el buen señor pidió permiso a la policía militar para abrillantar los calzados presidenciales. Como a nadie se le había ocurrido antes, obtuvo la exclusiva. El hombre resulta de lo más locuaz: «el presidente que más se abrillantaba los zapatos, era Carlos Mesa (octubre de 2003 a junio de 2005), luego Veltzé (interino en la transición hasta las elecciones presidenciales de diciembre, ganadas por Morales) y el que menos, Evo».

Él no tiene tiempo, los otros, sí. Curioso diagnóstico de la activi-

con el alto mando policial; con la Asociación Nacional de Suboficiales; con los obispos de la Iglesia Metodista, que traen un pastel casero de limón, una bufanda de lana tejida a mano y, de paso, le condecoran.

Los niños del colegio Edén corren por Palacio. Con su nueva bufanda al cuello y la medalla, Evo va directo a saludarlos. «¡Es igualito que en la tele!» gritan los críos. Continúa el maratón de reuniones.

A las 13:00, nos sentamos a almorzar. En el comedor, junto al vicepresidente y el primer ministro, Evo recobra energías con una sopa y un zumo de cebada. En la televisión también aparece Evo, con su sempiterno jersey a rayas. De segundo, croquetas, carne y quinua, cereal del altiplano. De postre, fruta. Comemos en media hora. A toda prisa, hay que salir hacia el aeropuerto militar.

Comienza la experiencia automovilística más tremenda de nuestras vidas. Los guardaespaldas nos separan. El fotógrafo, en el primer

tanillas bajadas de los vehículos de protección, asoman las pistolas Browning de los agentes, con el seguro liberado. Estamos a punto de estamparnos contra cualquiera de los coches que atestan el centro de La Paz. Me convenzo de que, al próximo frenazo, se escapará un tiro del arma sin seguro que tengo al lado.

Le comento al agente que veo su seguridad un tanto insegura. Obviamente, no contesta. Seis pistolas, cuatro metralletas M-10 y dos escopetas Mosberg componen el arsenal del vehículo. «Combinamos tácticas de seguridad israelí, mejicana y norteamericana, para evitar emboscadas, atentados con explosivos y francotiradores», explica después el teniente coronel Jorge Sarabia, quien ahora, desde el BMW presidencial, dirige por radio la operación.

SEGURIDAD

Utilizan cifras y letras para referirse al presidente y los miembros del equipo. Cada semana, cambian los códigos y las frecuencias de radio por las que se comunican. En los 17 kilómetros hasta llegar al aeropuerto, se movilizan entre 60 y 100 agentes. Tres minutos antes de que aparezca el coche de Morales, la policía despeja los puntos más conflictivos. Detrás de la caravana, nos sigue un microbús de vidrios tintados. Allí van otros seis fusiles SA-80 ingleses. El equipo táctico antiemboscadas se camufla en taxis y minibuses aparentemente comunes. En puentes, cruces y puntos de riesgo, se apostan agentes de inteligencia.

Morales está convencido de que hay una trama contra él: «Hay una corriente de la oligarquía y de algunas multinacionales petroleras, de políticos nefastos, corruptos, neoliberales, en esa conspiración. Tenemos información de los servicios de inteligencia y de las Fuerzas Armadas».

¿Preocupado? «No, más bien siento fortaleza. No es sencillo cambiar las cosas. Si he llegado al Palacio de Gobierno, no es por la venganza, sino por la esperanza de los pueblos indígenas. Sueño con la igualdad y la justicia, son mis principios. Quiero una Bolivia digna, descolonizada, con soberanía, que base su recuperación económica en la explotación de sus riquezas naturales usurpadas».

En el aeropuerto militar del Grupo Aéreo de Caza, espera el pequeño jet ejecutivo norteamericano Sabre Liner, que el dictador Hugo Bánzer compró en 1976. Bolivia no posee un avión que pueda cruzar el Océano. Pero con el jet, Morales recorre América, reposando cada dos horas y media de vuelo. Al entrar, nos recibe una estampeta de la virgen María. ¿Quién la ha colocado? Evo no lo sabe.

La capacidad es de seis pasajeros. Volamos a Chimoré, en el Chapare cochabambino, la región cocalera tropical donde Morales comenzó su lucha sindical. En 1989, en un homenaje a los campesinos cocaleros muertos por disparos del Ejército, agentes de la Unidad Móvil de Patrullaje /PASA A LA PÁGINA 4



Mini frigorífico. «Mmm, está medio vacía la nevera», comenta Evo a la periodista.

EL PAÍS EN DATOS. Bolivia ocupa una extensión de 1.098.581 kilómetros cuadrados, el doble de España, y tiene 9,8 millones de habitantes. / El 62% de la población se considera indígena. Hay, al menos, 37 grupos autóctonos. Los más numerosos son los quechuas (2,3 millones) y los aimaras, a los que pertenece Evo Morales, con 1,6 millones. / La mayor parte de sus habitantes (89,5%) se declara católico y en menor cuantía practica el protestantismo y los cultos tribales. / Sus Fuerzas Armadas están compuestas por 35.000 hombres. / En 2004, España importó productos bolivianos por valor de 10,86 millones de euros y exportó el equivalente a 16,85 millones.

ministro de Hidrocarburos, Solíz Rada, un histórico en la lucha por la recuperación, para el estado, del gas y el petróleo bolivianos, extrae unos documentos de su cartera ministerial. Se avecina el *decretazo*.

Salimos, intrigados por el silencio solemne y las enigmáticas sonrisas. Jacinto Ramos, el camarero, reparte desayunos por los salones, como lleva haciendo desde los

tiempos del dictador Hugo Bánzer. Entonces (1971-1978), era impensable ver en palacio a una indígena con su pollera (falda tradicional), sus sandalias, su sombrero de paja. Una dirigente cocalera sindical, pasea sonriente por los pasillos. «Vengo a pedir audiencia con el compañero Evo. La verdad, nunca pensamos que llegara a presidente, y ya ve».

El presidente entra y sale de los salones a ritmo frenético. Reunión

tototerreno. Morales, en el coche presidencial. Quien esto escribe, en el tercer vehículo. Arrancamos con la estridencia de las películas de acción. Los conductores dan volantazos en zigzag, a toda velocidad. Si el coche de Morales se desliza bruscamente a la izquierda, el primero y el tercero giran a la derecha.

La gente se aparta. Por las ven-